


## ***Revolución: una historia intelectual***

*Santiago Alarcón Zapata*

 <https://orcid.org/0009-0007-4118-1855>

Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, Argentina  
alarconz.santiago91@gmail.com

Enzo Traverso. *Revolución: una historia intelectual*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2022, 644 páginas.

El reciente libro de Enzo Traverso ha sido escrito en tiempos donde ese proceso que marcó el imaginario y la praxis política mundial desde mediados del siglo XIX y gran parte del siglo XX, ya no está a la orden del día. En la actualidad la revolución no opera como *un horizonte de expectativa*, ni en discursos de masas ni en las agendas políticas de los partidos que han adherido la defensa de los trabajadores, la política que dice ser transformadora se ha limitado a hacer una negociación del presente; confrontar los excesos del neoliberalismo sin proyectar a futuro la superación radical del capitalismo.

Siguiendo con la imagen de *La balsa de Medusa* (1819) el cuadro de Théodore Géricault que apertura el texto, hoy el mundo se bate entre dos formas de la desesperanza, la del tripulante estoico que da la espalda a los que ondean la bandera roja de la esperanza y se resigna solitariamente a la fatalidad de su muerte, y la de aquel pasajero que, en la improvisada balsa que se sacude en el mar, es invadido por la desesperación y pretende salvar su pellejo devorándose a sus



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-  
No Comercial 4.0 Internacional

semejantes. ¿Cómo no evocar en esta última expresión canibalesca la reciente ola de xenofobia y racismo que constituye el eje de la política de la ultraderecha europea? En todo caso, tanto la resignación silenciosa como la impotencia explosiva, ambas traducen dos formas de la desesperanza contemporánea de cuando la vida es vista con la óptica de la incertidumbre y el futuro solo deja entrever inequidad e inestabilidad como vivencia común.

Bien por eso sea por lo que el autor adjetive su texto como “una historia intelectual”, pues en este no hemos de encontrar una disquisición estratégica respecto a la mejor forma de llevar a cabo en nuestro presente la “quimérica” revolución. Se propone, más bien, “elaborar críticamente el pasado” (p.56), un objetivo que conecta con las reflexiones que el autor ha adelantado en su texto *Melancolía de izquierda* (2018). Y me atrevería a decir que esta obra de Enzo puede ser leída desde la óptica en la que él mismo interpreta a otro pensador de las revoluciones, a Ernst Bloch con *El principio esperanza*. La obra de Bloch —dice Traverso— no lanza ninguna predicción sobre el futuro es, más bien, “una investigación de los pasados futuros, (...) de los innumerables modos en que la gente ha imaginado o se ha anticipado al futuro” (p. 264), así mismo el historiador italiano mediante su libro se encuentra recuperando la imaginación revolucionaria que entre los siglos XIX y XX proyectaba un futuro, contribuyendo con su escritura a esa enciclopedia de las utopías comenzada por Bloch.

Esta historia intelectual desarrolla metodológicamente un itinerario que habla de la revolución desde las materialidades que la han constituido, con un enfoque que oscila entre la historia cultural y la historia intelectual, pone el foco en esos objetos que encarnaron las ideas y las prácticas que los revolucionarios pretendían transmitir bajo la forma en que entendían y legitimaban la construcción de un mundo nuevo:

ferrocarriles, estaciones, cuerpos, banderas, películas, imágenes, cuadros, pinturas, posters, etc., configuran la narrativa de este libro, nombran los capítulos desde los que se recrea la historia de la revolución en aquellos objetos materiales donde cobró vida. Lo que permite reconocer y rescatar una dimensión a veces subvalorada en los estudios sobre la revolución, esto es, que aquella es una experiencia que trascendió las discusiones entre elites intelectuales y/o vanguardias políticas, y se hizo vivencia cotidiana prefigurando un paisaje de la vida social, la gente del común más que relacionarse con los sesudos textos de marxismo o el anarquismo lo hacían con unos objetos particulares en los que podemos identificar como circulaba una cultura revolucionaria.

Con el abordaje de estos objetos que prefiguraron la percepción de una época revolucionaria se entrelazan en el libro discusiones clásicas del marxismo, se retorna a los textos que se hicieron canónicos en el periodo indagado por el autor y los protagonistas de tales debates que son en su mayoría *intelectuales revolucionarios* y que, siguiendo con el significado que sobre estos últimos que ofrece Traverso, son aquellos militantes y pensadores que naufragaron entre las aguas sinuosas de la teoría y la acción. Reviviendo temas y polémicas que no han tenido un carácter concluyente ni cuentan con un acuerdo común, bien sea en la historiografía marxista o en tendencias partidistas de la izquierda, sale a relucir la subjetividad de Enzo; el haber sido testigo de una época revolucionaria, como el ser hijo de una tradición trotskista de la que no reniega.

Es así como se sitúa la disyuntiva existente en la obra de Marx respecto a la noción de revolución: la coexistencia contradictoria entre dos concepciones del término que no compatibilizan. La primera visión inscribe la revolución en el progreso capitalista de la técnica, mientras que un segundo enfoque la concibe como fruto de una praxis autónoma

que no es mero resultado pasivo de las determinaciones económicas. Una tensión entre un “Marx determinista” que habla de leyes históricas con un acento positivista y un “Marx constructivista” que reconoce la agencia humana en la acción política (p.86).<sup>1</sup>

Dicha dicotomía encuentra una sugerente exposición en el capítulo de *Las locomotoras de la historia*, pues aquí vemos un objeto que materializó las dos ideas de revolución existentes en Marx. El ferrocarril condensa las modalidades de cambio social que se disputaban por entonces, la transformación operada por la industria constituyéndose el tren en uno de los emblemas decimonónicos de la técnica capitalista y cuyo impacto provocó el elogio del propio Marx, a su vez, representa el cambio como fruto de la acción humana que bajo la organización colectiva no deja la tecnología al libre albedrío de sus fuerzas, sino que busca encausarla por los rieles de la emancipación; el ferrocarril fue protagonista de la utopía revolucionaria, de gestas épicas que viajaron en el tren de Lenin, la guerra civil de 1918 bajo el liderazgo de León Trotski y en la Revolución Mexicana. Siguiendo a Koselleck, el tren refuerza una secularización que busca la salvación en este mundo terrenal y “no en el fin de la historia” (p.75), en tal sentido, el ferrocarril viene a corroborar el dominio humano sobre el tiempo y el espacio, la aceleración que se logra controlando la velocidad de los procesos, de esta manera, se solapa con el imaginario de la revolución al reforzar la posibilidad de acelerar la historia, de conducirla conscientemente hacia las estaciones del socialismo y luego del comunismo —una marcada teleología pues supone de ante mano el punto de llegada. Se estableció así una nueva vivencia del tiempo: abolición de las distancias, de las demoras y se acortan

---

<sup>1</sup> Esta interpretación permite ubicar y entender mejor los debates de comienzo del siglo XX en las corrientes marxistas, puesto que diversas tendencias hacían énfasis entre una u otra opción, y bajo la referencia a la autoridad de Marx encontraban sustento a sus posiciones.

espacios. Bien podríamos interpretar que la actitud de los bolcheviques en el momento previo a la insurrección de 1917 encaja en esta nueva visión del tiempo, un carácter jacobino que propone el avance y la iniciativa por sobre la espera pasiva, no aguardar al desarrollo pleno del capitalismo sino adelantar la revolución y dar un salto en la historia hacia el Estado socialista.

Bajo este contexto dicotómico se puede extraer otra deducción plausible de la Revolución Rusa. Pues siguiendo el tránsito de su gesta a la luz de los acontecimientos que recrea Traverso podemos identificar que ella planteó en su experiencia, también, las dos ideas de revolución en Marx: en la lucha contra el zarismo se orientó por una praxis jacobina, pero, luego, al tomar el poder, activó el mito prometeico de la técnica confiando en su progreso para la conquista del socialismo. Tal itinerario contradictorio se puede ver reflejado en figuras como Lenin que, en el capítulo dedicado a los *Cuerpos Revolucionarios*; Traverso nos lo recuerda con la apología que hizo el dirigente bolchevique del Taylorismo hacia 1918 cuando años atrás —en plena lucha clandestina— lo había denunciado, tal viraje representó la adopción del mesianismo tecnológico y la apuesta soviética por utilizar métodos capitalistas para construir el socialismo.<sup>2</sup>

Pero la revolución también contiene dimensiones corporales, ella se ha desatado justamente para liberar a los cuerpos oprimidos de sus dolores, y en esta lucha ha dejado sus huellas en aquellos cuerpos en que se ha encarnado: la emancipación sexual y de género, la lucha étnico-

---

<sup>2</sup> Una apuesta que adoptó una hipervaloración de la tecnología desplegando una biopolítica de los cuerpos, el llamado estajanovismo fue la promoción de un estilo de vida con un disciplinamiento del trabajo, el cuerpo, la salud, la higiene etc., en su idea de un mundo nuevo el ser humano debía adherir nuevas maneras que dejaran atrás el viejo mundo, por lo menos desde la visión soviética, de los vicios, la pereza, los excesos y la inmoralidad burguesa.

racial, la subyugación del ser físico del trabajador, todas estas reivindicaciones forjaron la razón de ser de las revoluciones, por eso, aquí encontramos otro indicio para su conocimiento. Y en tanto experiencia física la revolución se puede evocar mediante un movimiento del cuerpo: el salto, una acrobacia en el tiempo y el espacio que representa el avance hacia el futuro. Una acrobacia que ha estado presente en la literatura revolucionaria, Traverso trae a colación el cuadro de Marc Chagall *Adelante, adelante*, pero el mismo Walter Benjamin habló del *Salto del tigre* y otra revolución icónica del siglo XX, la Revolución Cultural China; denominó una de sus iniciativas como *El Gran Salto Adelante*. Los revolucionarios al no tener alas saltan simulando el vuelo: la lucha revolucionaria es ese instante que, al suspenderse en el aire desafía las leyes de la gravedad y busca imponer su lugar de llegada desde el momento del impulso inicial, el vértigo del arrojado y la adrenalina del riesgo excitan las pulsaciones del revolucionario en un movimiento inusual del cuerpo que ha irrumpido en el rutinario trance del caminar, un salto temerario porque en dicha osadía no hay garantías de triunfo. Pero el revolucionario tiene otra vivencia física en su encuentro con otros cuerpos, es el choque electrificante con las masas, tal y como vemos en el dirigente Trotsky absorbido por las multitudes, él no les habla a ellas, sino que las masas lo hablan a él; no dirige conscientemente su discurso pues ha sido preso de una metamorfosis identitaria, hace más teatro que política (p. 127).

No debe obviarse una indagación que atraviesa el libro y que permite comprender la asociación que el término revolución tuvo como acción violenta y militar durante el siglo XX; una imagen de la que hasta nuestros días se sirven algunos resignados y cómplices con el orden dominante para sugerir que cualquier intento de transformarlo entraña un germen totalitario. Traverso desarrolla una genealogía que discurre en

tres momentos claves: 1) el cambio semántico operado en el concepto de revolución a raíz del cambio sociopolítico que supuso la Revolución francesa que instauró el significado de revolución como ruptura social. 2) el término revolución vinculado con el de dictadura del proletariado por obra de Marx en el contexto de la *primavera de los pueblos* de 1848 y concibiéndolo como la forma política en donde el proletariado “garantiza la permanencia de la revolución”. 3) la concepción bolchevique de la revolución representada con la toma armada del poder. Idea que no sólo fue expuesta teóricamente, sino que desde creaciones como el cine buscó “transformar un acontecimiento en un símbolo” (p. 266). En estos tres puntos Traverso es constante con una lectura crítica de Marx que sitúa en este el origen de algunas ambigüedades que luego sus partidarios no hicieron más que profundizar, cuestionando su pretendida suficiencia teórica respecto al planteamiento de la dictadura del proletariado, de la misma manera que identificó la ambivalencia sobre su término de revolución, sitúa en los propios textos de Marx el carácter fragmentario de dos conceptos: “dictadura” y “proletariado” que no están codificados y que, a lo sumo: “sus escritos delimitan ideas generales de las revoluciones del siglo XIX” (p. 222), como consecuencia de este análisis, el autor italiano sitúa en revoluciones del siglo XX un vacío teórico que, teniendo su origen en Marx, posteriormente fue suplido con versiones autoritarias donde la más influyente fue la inaugurada por los bolcheviques con la toma del palacio de invierno en 1917, y su consiguiente ejercicio de poder vanguardista, hermético y vertical.

Desde luego estas aseveraciones del historiador Enzo Traverso sugieren complejas y fascinantes polémicas, por mi parte problematizaría su pretensión de indicar en Marx una solvencia teórica que hubiese sido un faro para los partidos comunistas que le sucedieron, creo que cada experiencia militante se las tiene que ver con su propio tiempo donde las

herencias teóricas, por lucidas que sean, tienen un alcance limitado y ofrecen un apoyo provisional. En tal sentido, conviene recordar una de las enseñanzas de Antonio Gramsci cuando nos dice de ver en Marx al *fundador de la filosofía de la praxis*, es decir; al pensador que sentó las bases para una nueva concepción que comprendía y analizaba al ser humano en perspectiva histórica, más que al autor que en sus obras finiquitó una empresa teórico-política dejándonos conceptos ya acabados. El hecho de formular problemas que habían sido inéditos para el pensamiento no significa tener consigo las soluciones para estos, Marx dio unas puntadas iniciales para consolidar un pensamiento y una praxis emancipatoria, pero de ahí en más la filosofía de la praxis exige de su elaboración, retomando viejos problemas y descubriendo otros que la propia experiencia histórica trae consigo.

No obstante, si hablamos de estos asuntos es porque Enzo Traverso ha escrito una obra valiente y desafiante sobre un tema desactualizado en la praxis política contemporánea, incluso, para los mismos progresismos que, infestados de posestructuralismo se queman las manos al tratar con la revolución y sus pasados: la Unión Soviética, la lucha armada, la Revolución Cubana, Lenin, Trotsky, Stalin, Fidel o el Che, les estorban y ejercen un olvido simplista o un desprestigio carente de una mínima ponderación, y sobre otros autores como Marx y Gramsci se los adiestra académicamente para usurparlos teóricamente despojados de la pasión revolucionaria con la que construyeron sus obras y sin la cual no hubieran pensado lo que nos legaron. Enzo, por el contrario, nos demuestra que la mejor forma de compaginar la lealtad de la herencia con la crítica objetiva; es vérselas de frente con ese pasado que, aunque cueste asimilarlo, el olvido y la indiferencia sólo contribuyen a una orfandad histórica que robustece el presentismo de época. Carecer tanto de perspectivas a futuro como de miradas hacia el pasado, son tendencias



Santiago Alarcón Zapata

ahistóricas que acechan en la actualidad a los movimientos que luchan por una sociedad distinta, es necesario tener presente tales tendencias y combatirlas con audacia e inteligencia. En este sentido, la lectura del libro *Revolución. Una historia intelectual*, será inspiradora y de suma utilidad.